

listado definitivo de la labor de Masip como guionista cinematográfico; a la segunda, impecable por lo que este reseñador conoce, ni le sobra ni le falta nada. Complementan estos repertorios bibliográficos en torno a Masip una «Bibliografía general», que sitúa la obra del escritor en su contexto: una breve relación de obras del exilio, entre las que aparecen tipográficamente destacadas las «obras narrativas españolas sobre la guerra civil editadas fuera de España» (pp. 250-252), y una bibliografía esencial sobre la narrativa de la guerra civil y el exilio.

La edición de *Prudencio sube al cielo* es uno de esos caprichos que muy pocos editores pueden permitirse. El cuento —recogido en *De quince llevo una* (1949) y que se sitúa en la línea burlesca de «Dos hombres de honor»—, según nos explica la propia M.^a Teresa González de Garay en su breve introducción —«Los tormentos de Prudencio»—, debía formar parte de la colección anterior; pero la falta de presupuesto y «otros avatares de enojoso relato» lo dejaron fuera. Ve la luz finalmente en esta cuidada edición que pone de relieve, sin embargo, la problemática que señalaba al principio de estas páginas: ¿podemos permitirnos el lujo de caprichos como el de *Prudencio sube al cielo* cuando el grueso de la obra de Masip sigue sin reeditarse «por falta de presupuesto»? Bienvenida sea, en todo caso, la osadía que nos permite leer, aunque sea fuera de contexto, el relato. Sólo cabe preguntar cuánto habremos de esperar para que los lectores naturales de Masip recuperen el resto de una obra cuya brillantez no merece estar más tiempo ausente de nuestra historia literaria.

Universitat Autònoma de Barcelona

JUAN RODRÍGUEZ

Paradiso. Siete poetas (Antología). Selección y presentación de Andrés Sánchez Robayna. Tegueste (Tenerife), Syntaxis, 1994, 100 pp.

En el mes de mayo de 1993 se publicó el primer número de la revista *Paradiso*, una publicación que reunió a jóvenes poetas, estudiantes todos ellos de la Universidad de La Laguna. «Bajo la invocación propiciatoria de Lezama Lima, esta ventura quería ser a la vez nuestra respuesta y nuestra contribución al panorama intelectual de las Islas», se afirma en el Apéndice de *Paradiso. Siete*

poetas, la antología elaborada por Andrés Sánchez Robayna. Aún cuando entre los siete *poetas* incluidos (Rafael-José Díaz, Alejandro Krawietz, Melchor López, F.-J. Hernández Adrián, Francisco León, Goretti Ramírez, Víctor Ruiz) existan las razonables diferencias, subsiste, empero, la coincidencia en que a la *poesía* le corresponde alcanzar un esclarecimiento de la realidad, ser vehículo de su conocimiento. Conocimiento que no será mera observación pasiva de lo dado, sin saber en el que el sujeto se hace uno con el objeto para, propiamente, generar lo real; recuperando la labor poética de esta forma su atávico carácter demiúrgico. Lo real acaba por ser el mundo que nosotros elaboramos, un universo humanizado que se acrece bajo la mirada del poeta.

Estamos, pues, ante unos jóvenes *poetas* de voz madura, crecida, poderosa. Nos sorprende su palabra de círculos amplísimos, de ámbitos inabarcables, de interminables espacios como a los que propenden —dijo Juan Ramón Jiménez— los *poetas* periféricos, del litoral, a diferencia de los de tierra adentro. Acaba de aparecer el nombre de Juan Ramón Jiménez, y en verdad este poeta es una de las referencias capitales del grupo, junto a Lezama, a San Juan, Celan, Bonnefoy..., y yo añadiría Stevens, Foix, Valente...

En la *Presentación*, Andrés Sánchez Robayna (otro importante referente) aprovecha la ocasión para denunciar la *poesía* banal, la pseudopoésia horizontal que renuncia a su naturaleza religante («quienes, en nombre de un cierto 'realismo', [...] aspiran a rebajar y aun anular la experiencia profunda del poema y su pregunta por lo sagrado»). Lo cual, lamentablemente, nos parece muy cierto, y no sólo en el espacio de la *poesía*. La palabra de hoy es una palabra devaluada, instrumentalizada (Habermas), ajena a su propia naturaleza, impelida al uso (abuso) subsidiario de confirmar la realidad cosificada en la que habitamos. Palabra amnésica; de espaldas al Ser. Reivindica Sánchez Robayna, una lírica «como penetración en el mundo invisible, capaz de reintegrarnos a las más completas realidades humanas. La *poesía* como *gnosis*, idea que preside el trabajo de estos jóvenes *poetas*». Palabra que aspira a entrañar lo real para trascenderlo hasta su raíz, hasta el venero de donde brota el aire que nos mueve. Palabra mediadora (*angelos*) que completa la realidad escindida —extraviada en su olvido—; que reintegra la chispa de luz sepultada en la materia, a su foco originario.

Siete, dijimos, son los *poetas* antologizados. Por orden de edad, el primero que aparece es Melchor López (1965) quien en *Fragmen-*

tos para una poética afirma que el poeta no debe ser obstáculo entre el rumor que procede del universo (¿la música de las esferas de los pitagóricos?) «y la letra que lo recoge en el recinto de su forma». En sus poemas, de brevedad intensa, podemos leer versos como los que siguen: «Un golpe de aire/ abrió el postigo. Vi/ la buganvilla». Francisco-Javier Hernández Adrián (1969), subraya en su *Poética* la necesidad de una palabra que reconozca su raíz en el silencio: «Cuando la poesía es capaz de contener el silencio (San Juan de la Cruz) y transmitir el poder de las palabras *rejuvenecidas* en el destello del poema (Eliot, Ashbery), se ha llegado ya ahí, se ha conseguido dar y decir desde la propia voz el eco que atraviesa los siglos». Su poesía ejemplifica lo dicho, leemos en el poema titulado *Jilguero*: «Arrogante el jilguero,/ detenidas las alas,/ cerrado como un libro/ (el mástil o el granero/ de las horas)/ y la luz sobre el muro». En Francisco León (1970), el verbo se aproxima a la delgadez inespacial de la línea, así puede comprenderse esa duda que se le presenta al escritor: «Ante el papel siempre una duda: pintar o escribir» (*Poética*). Y, ¿es que acaso es diferente la escritura del dibujo o de la pintura? Aquí, el sujeto más que difuminarse, se hipertrofia hasta coincidir con el mundo. Al leer poemas como los titulados *El día*, *Las dunas* («Instantánea/ costa de dunas/ mentales»), *Las bandadas* («Lenguaje/ del sol: una bandada/ geometriza la luz», hacemos propio su pausado ritmo como de luz intacta que empapa los pulmones.

La permanente tentación de penetrar el territorio que subyace bajo la palabra («El poema es también una isla cercada por el espacio blanco»), de mostrar ese espacio desnudo que ha de ocupar el ser, parece ser uno de los intereses primordiales de Alejandro Krawietz (1970). Palabra que emana de una sima callada, espacio incoloro (¿eídos?) que como un río circular (océano) sostiene y conforma el decir. «En mi casa (*bayt*), tengo las letras justas con que nombrarte (*ditr*)». El poeta parece recuperar aquí la vocación luciferina de emular a Dios. Rafael-José Díaz, se ubica —dice él mismo— en la «meditación del umbral» (*Poética, II*), en el territorio intersticial donde es indistinguible lo decible de lo inefable («Esta palabra habita un lugar sin lugar, vive la experiencia del borde último y se adentra en espacios que desconoce», *Poética, II*). Para fundamentar lo dicho buena prueba suministra el primero de los poemas que aparecen en la selección, dice así: «En el agua, en el lugar de la transparencia,/ hundo las manos, las palabras/ nacidas de mi

carne. Son, bajo la superficie,/ el signo de lo que no puede verse,/ las piedras de fuego que ven la transparencia». Para Goretti Ramírez (1971), «la poesía es el lugar de la espera» y también «un ejercicio de adentramiento». No es cometido de la poesía el mero decir protocolario, el precario registro que refiere lo que aparece en el horizonte de la experiencia, sino un rebasar lo dado —lo aparente— hasta llegar al centro —al límite— de la expresión, que es también el centro del sujeto que habla (¿verdaderamente existe un sujeto? ¿o los supuestos 'substantes' no son sino eso, sostenedores, sustratos donde se corporeiza la palabra?: «Soy la página/ de Dios: en mí escribe/ sus caracteres»). La alquimia de los signos (la matemática avarienta del verbo) que, como los ángeles del Libro de Henoch son proclives a la materia («el gusto por la materialidad de la palabra»). Al leer los textos poéticos de Goretti Ramírez nos adentramos en la naturaleza axial de los nombres, en el centro en torno al cual se articula el sentido: «El pájaro que no tiene determinado color quiere escapar del libro. Cruza la página transparente del aire: la escritura de su vuelo (*Granada*)». Finalmente, hemos de referirnos a la muestra que presenta Víctor Ruiz (1971), para quien —afirma en su *Poética*— «el poema se gesta en un centro, un centro germinativo». Y no le falta razón, pues que, al cabo, toda palabra recoge la resonancia («resonancia infinita», dice él) del resto de lo real. Las palabras, como las mónadas leibnicianas, reflejan en sí el resto de las palabras. Hay entre ellas una apetencia de fusión, una secreta afinidad que les mueve a aglomerarse hasta dar en la Palabra (aquella por la que Kierkegaard hubiera dado todo: el 'Nombre de los nombres'). Cada palabra es fragmento, tesela —símbolo— del infinito diccionario que conjuga la variedad de lo real. Verbo que gravita hacia sus *topos* sin espacio, indefinido —*ápeiron*, Mar—. Reproduzco aquí un poema de Víctor Ruiz, el titulado *El nombre blanco*: «El nombre blanco respira:// ya los nombres de la tarde/ fallecen interminables,/ / el silbido horizontal,/ el eco solar del aire.

Estamos, lo hemos ido viendo, ante un conjunto de escritores que desmarcándose de los hueros palabreos (las voces del mercado) de la poesía española del momento, presenta un programa (fruto de una convicción ontológica) que es la de reconducir la palabra alienada, de salvarla de su extravío, para que pueda asentarse en la vulva del ser. Se nos muestra un horizonte espiritual que nos retrotrae a edades remotísimas: Logos espermático, Nous demiúrgico que retorna a sí mismo crecido de sentido. De sobra sabemos

cómo son los dioses —tan similares a sus criaturas—, gustan urdir universos con la palabra. Demos nuestra enhorabuena a estos poetas de *Paradiso*, por su verso limpio, inteligente, nuevo, por su arriesgada voluntad de verdad, que parece regresarnos a la inocencia paradisiaca de la que fuimos despojados.

MIGUEL FLORIÁN

Jiménez, Juan Ramón. *La estación total con Las canciones de la nueva luz*. Barcelona, Tusquets, 1994, 202 pp.

Conforme con el propósito de su colección «Nuevos textos sagrados» de presentar lo mejor de la poesía española del siglo xx, Tusquets Editores ha publicado *La estación total con Las canciones de la nueva luz* de Juan Ramón Jiménez, bajo la dirección de Vicente Valero. Anteriormente han aparecido en esta serie *Poesía completa* de Alfonso Costafreda, *Casi una leyenda* de Claudio Rodríguez, *Al dios del lugar* y *No amanece el cantor* de José Angel Valente y *Poesía (1931-1991)* de Rosa Chacel, entre otros (aunque no muchos; parece que van saliendo a un ritmo de dos volúmenes por año). El presente volumen contribuye notablemente a esta colección superior y exclusiva no sólo por su interés histórico (es la primera edición aislada de estos poemas publicada en España) sino también por su alta calidad lírica. Estos poemas son los que Juan Ramón escribió entre 1923 y 1936, durante su madurez poética y en el apogeo de la Generación del '27, pero no fueron publicados como libro sino hasta más tarde en el exilio.

La estructura de este libro forma un tríptico de tesis-antítesis-síntesis, con las dos partes de *La estación total* flaqueando los poemas de *Las canciones de la nueva luz*. Los 14 poemas de la primera sección representan una depuración estilística de lo típicamente juanramoniano. Repletos de paradojas y oposiciones binarias, estos poemas se reducen a lo esencial: ninguno define una realidad concreta y específica; más bien pintan un mundo idealizado, de colores brillantes acentuados por el oro y la plata. Predominan imágenes de los elementos primarios de tierra, aire, agua y fuego, además de los símbolos tradicionales y universales de la luz y la rosa. El frecuente uso de paréntesis crea un tono íntimo, lleno de un placer hondamente sentido, más controlado, sublimado se diría. Este mundo edénico a veces alcanza matices eróticos. No obstante